

Diablotexto *Digital*



MARSÉ, JUAN: *ESA PUTA TAN DISTINGUIDA*
Barcelona: Lumen, 240 pp.

GEMMA BURGOS SEGARRA
UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

El título de la última novela de Juan Marsé no hace referencia a aquello que previsiblemente podría parecer tras leer la breve descripción que acompaña a la novela. *Esa puta tan distinguida* es la expresión con la que el autor se refiere a la memoria, y a la que podemos considerar como verdadera protagonista del relato más allá de la figura de Carolina Bruil, pues esta narración puede concebirse a modo de ensayo novelado sobre la memoria.

Las claves de lectura de la novela las proporciona la entrevista por escrito que ocupa el capítulo primero y cuyas preguntas tan solo intuimos a través de las respuestas y cuyo argumento queda resumido en el siguiente enunciado: “mi próxima novela tratará de las añagazas y las trampas que nos tiende la memoria, esa puta tan distinguida” cuya descripción queda completada en la undécima respuesta:

esta novela es una especie de trampantojo, nada en ella es lo que parece, empezando por el título [...] va de eso: Un anciano asesino, aquejado aparentemente de alzhéimer, cuenta su crimen treinta años después de cometerlo. Recuerda que mató a una prostituta, pero no recuerda en absoluto por qué la mató.

Esta entrevista puede leerse como prólogo y supone una declaración de intenciones sobre cómo se configura narrativamente esta historia en la que realidad y ficción se intersectan, jugando constantemente a la duda sobre qué



porción de lo narrado pertenece a la ficción y qué a la realidad de los sucesos que esta nos cuenta, evidenciando los mecanismos de la construcción de la memoria. Todo ello encarnado en la figura de Fermín Sicart, quien fue sometido a un tratamiento tras el que supuestamente es incapaz de recordar el motivo por el que mató a la prostituta, pero que también es muestra de cómo pueden sustituirse, de manera voluntaria o involuntaria los sucesos reales por construcciones propias, pues al final de la novela dudamos de cuál era la verdadera profesión de la madre del asesino e, incluso, de cómo se desarrollaron buena parte de los hechos. A todo ello cabe sumarle esta supuesta afección de Alzheimer que implicaría aún más el grado de alteración de lo narrado de modo que nos movemos constantemente en el terreno de la suposición.

Buena muestra de esta indefinición entre la realidad y la ficción es la confesa admiración por Madame Bovary como personaje real y de Carmen Balcells como personaje de ficción, y en los claros ecos flaubertianos en ese “el asesino soy yo”.

Situada en 1982 la novela intenta trasladarse al invierno de 1949, cuando Fermín Sicart asesinó a Carol, una prostituta a la que era asidua y a quien generalmente invitaba a merendar a la cabina del cine. El texto se construye como una especie de *collage* en el que se entrecruzan diversos modos narrativos fácilmente reconocibles, en el que se unen la narración con la entrevista y el guion cinematográfico, todo ello acompañado de algunos documentos como informes policiales o judiciales que acreditan lo que el escritor y guionista conoce del caso. Parece que, de algún modo se contrapone la historia oficial –la que aparece en todos estos documentos legalmente aceptados– con la historia real, llena de lagunas.

La que en principio parecía ser una novela policiaca, o al menos con tintes detectivescos, en su transcurso acaba demostrando que en ella no se resuelve nada y que mucho menos se trata de una investigación al uso. Asistimos a la reconstrucción con fines cinematográficos de un caso cerrado, y aunque en su desarrollo el lector se enfrenta a las diferentes posibles verdades, al final lo único que se aporta son algunos matices sobre la vida del asesino que deconstruyen la narración del propio Sicart.



La historia presenta dos focos de memoria convergentes para reconstruir los hechos de aquella noche y dar una visión más amplia al lector. El primero de ellos es el relato del asesino, Fermín Sicart, ya en libertad, quien acude a casa del escritor para entrevistarse a cambio de una sustanciosa suma económica. El segundo es el del propio escritor, a través de cuyos ojos y labor investigadora accedemos a la versión *oficial* del caso: declaraciones, dossieres de pruebas... y en todos ellos falta una pieza clave ¿por qué mató Sicart a Carolina? Por mucho que el entrevistador prepare con esmero el terreno para llegar a la gran pregunta esta queda sin respuesta.

Los largos diálogos del escritor en su labor investigadora con Fermín Sicart nos enfrentan con la problemática de la memoria y su fiabilidad. ¿Tiene el asesino una enfermedad mental que le impide recordar algunos detalles de su vida? ¿Construyó Sicart un mundo a su medida inventando sucesos y recuerdos para crearse un ambiente mejor? Aunque al principio de la narración no se muestren signos aparentes de sufrir ningún tipo de trastorno, conforme esta avanza pequeños detalles dejan entrever que el asesino de Carolina Bruil podría estar afectado de algún tipo de demencia o de alguna enfermedad como el Alzheimer. El paso del tiempo que desfigura los recuerdos, el tratamiento de rehabilitación al que fue sometido tras ser detenido borró de su memoria el motivo que le movió al crimen, pero no la escena de cómo este sucedió. Consecuentemente, como lectores cualquier relato de los que aquí se exponen corre el riesgo de no ser más que una construcción ficcional, por ejemplo, ¿era la madre de Sicart modista o prostituta? Ello nos enfrenta a una posible memoria traumática que ha ido modificando la realidad a su antojo.

Aparte de la memoria, otro fuerte componente de la novela lo constituye el guion de la película, que al inicio de la novela se nos presenta como la petición de un encargo de cine serio, una película documental que reconstruyera el caso, que contará lo que quedaba por saber pero que, al producirse un cambio en la dirección de la película esta se desviará hasta convertirse en *Los ciegos amores de Manolita*. Se tratará entonces de una historia inspirada en una supuesta compañera de la prostituta asesinada que, aquejada de problemas de visión, capta la atención del nuevo director, más afín a otro tipo de cine, y que impulsará



un cambio de tono en el guion hacia la comedia erótica, para la que ya tiene protagonista. Una fuerte crítica, sin duda, al tipo de cine que predominaba a finales de los 70 y principios de los 80.

La narración se encuentra traspasada por el cine de principio a fin, no solo por aquellos fragmentos del guion que se exponen, sino, además, por la profesión del asesino, proyeccionista de cine, que sitúa la acción en el interior de uno y por la presencia de un personaje secundario, Felisa la asistente, quien insiste en plantear adivinanzas a partir de escenas y frases cinematográficas. De la figura de la asistente cabe destacar que, con sus acertijos, actúa de bisagra en la narración, agilizándola y dándole un toque humorístico al texto absolutamente necesario, pues a lo largo del relato este pierde fuerza narrativa y, con ello, el interés del lector, llegando a resultar un tanto monótono y carente de interés.